

Sociología

EL MUNDO NUEVO DEL P. LOMBARDI

Intencionadamente hemos retardado la redacción de este artículo sobre el Mundo Nuevo, preconizado por el P. Ricardo Lombardi.

Se va esfumando la impresión de fogaño, que produjera el rápido paso del ilustre conferencista por Caracas, Valencia y Maracaibo. Quedan flotantes las discusiones sobre su oratoria y sus ideas, de una sencillez y hasta simplicidad desconcertantes; y todos convenimos en la desproporción que existe entre sus, relativamente modestas dotes de tribuno y los indiscutibles efectos que produce en el espíritu de las grandes masas.

El primer sorprendido es el propio P. Lombardi, con quien hemos podido tratar más íntimamente durante el cursillo que dictó en los últimos días del pasado diciembre en la ciudad de Bogotá. Tampoco él encuentra explicación humana razonable al hecho de que, enfermo de cuerpo e intencionadamente simplicísimo en la expresión literaria, comenzara a encontrar tan vivo eco en la clase intelectual de Italia, cuando, enviado por sus superiores a dar conferencias filosóficas en universidades y liceos, saltaba, como por una reclamación del público, al tema religioso social. Vió con sorpresa, rebosar de oyentes los salones de conferencias. Pasó a los teatros: multitud de curiosos se detenían en los alrededores por no alcanzar las entradas. Habló en las plazas públicas, habló a ciudades en-

teras y las masas de oyentes fueron creciendo en proporciones desconcertantes... hasta doscientas mil personas... hasta quinientas mil... De las ciudades italianas pasó a las de Alemania, Francia, Estados Unidos, Austria, América Latina.

El Padre Lombardi sin alardes oratorios, sin efectismos teatrales, dice cosas sencillas, con enorme simplicidad de estilo, sin alcanzar —preciso es confesarlo— el vigor lógico y el gesto realista de un Padre Laburu, y absolutamente cualquiera de los grandes oradores de mento ajeno a la música literaria de Italia o España.

Pero las masas se conmueven, los fríos sajones de Alemania o Estados Unidos lloran. Todos salimos de las grandes concentraciones con el alma abierta a los

En lo humano la explicación —por mejores propósitos de amor y bondad, cierto incompleta— de este éxito pudiera señalarse en el hecho de reflejar una época, de sintonizar un ambiente espiritual. Los mayores éxitos del P. Lombardi han tenido lugar en países que vivieron intensamente la tormenta de la segunda guerra mundial. Almas atormentadas por cuadros dantescos de crueldad y egoísmo en los teatros de la guerra y de la postguerra, al escuchar al Padre Lombardi, descubren un esperado oasis de descanso en la descripción de un mundo nuevo de generosidad, de amor, de bondad. La voz de Jesús se oye de nuevo, no sólo en los templos, sino en los teatros profanados, en los circos en las plazas. Los que han olvidado la oración, la humanidad cargada de odio... de odio de clases, odio de naciones, odio de razas... del odio, hijo del egoísmo universal, escucha con sorpresa primero, después con no disimulada satisfacción, el mensaje del profeta, que habla de un mundo nuevo, de una cruzada de bondad, del retorno al amor, a la caridad, a la generosidad comprensiva.

En lo humano ésta pudiera ser alguna explicación del éxito mundial del P. Lombardi. Pero explicación incompleta. Los que creemos sinceramente en la gracia, los que en todos los hechos humanos reconocemos la intervención de la divina Providencia —en maravillosa combinación con nuestra libertad— no podemos menos de sumar a esta explicación, otra de carácter sobrenatural. Dios ha querido escoger a este varón humilde

y sencillo para convertirlo en su **micrófono** ante el mundo enorgullecido del siglo XX. Es la voz de Dios; y el Altísimo bendice en forma asombrosa la siembra apostólica de su dócil instrumento.

Pero el Padre Lombardi, a quien las masas proletarias de su patria han podido escuchar más sosegadamente, pasó como un meteoro por Venezuela. Son muchos los que desean una síntesis de su mensaje; una breve exposición de su concepción del Mundo Nuevo. Vamos a intentarlo en este artículo, después de haber participado, para ventura nuestra, en un cursillo especial que el Padre Lombardi dictó para comisionados de toda la América Latina, primero en Sao Paulo, del Brasil, y posteriormente en la capital de la hermana República de Colombia. En cuanto vamos a decir, reconocerán la mayoría de los lectores de SIC expresiones y conceptos, que el conferencista dejó caer dispersos en sus cursos de Caracas, Valencia y Maracaibo.

La crisis

El Padre Lombardi parte de una premisa, que todos estamos muy dispuestos a conceder: el mundo está en crisis: el mundo padece la más grave crisis de su historia.

Crisis económica: como efecto del capitalismo, hijo del liberalismo económico, los bienes de la tierra se han concentrado en manos de pocos individuos poderosos; y, en consecuencia, las grandes masas que dependen de ellos —por el régimen del salario— son explotados y padecen miseria.

Crisis social: en reacción contra el capitalismo, el proletariado ha escuchado con simpatía la voz de rebelión; la consigna de la unión para la revolución social. Pero cuando esa masa obrera organizada ha escalado en algunas naciones el poder, ha visto con espanto que, al destruir la propiedad privada, al concentrar en el Estado todos los instrumentos de producción, ha creado un pavoroso monstruo, aniquilador de la libertad, la más cruel de las tiranías de todos los siglos.

Crisis familiar: se ha predicado contra el divino precepto de la indisolubilidad del matrimonio y se desmorona el cimiento mismo de la sociedad. Se ha arrastrado a la mujer fuera del hogar, que es su reino, y se ha prostituído el amor. El hogar pierde su intimidad y su calor y se convierte en apartamento

de hotel. No se quiere la carga de los hijos.

Crisis de autoridad: Todos hablan de derechos. Olvidan sus deberes. Falla la base misma de la autoridad: su origen divino. Paso a paso se llega a la tiranía: a la autoridad, sin más razón de ser que el predominio del más fuerte.

Crisis internacional: unas pocas naciones poderosas imponen su criterio y hasta defienden en teoría un veto —brutal negación de toda igualdad— en el mismo momento en que se predica la democracia.

Crisis profunda, total. Crisis que supone la inversión de los verdaderos valores, el desconocimiento de la voluntad divina, el divorcio de la sociedad de los principios del Evangelio; de la doctrina de justicia y amor predicado por Cristo.

El Mundo Nuevo.

Asusta un poco la palabra. ¿Qué anuncia el Padre Lombardi al predecir un **Mundo Nuevo?**

Sin duda, una nueva orientación de la vida social y de la vida política. Una aplicación consciente y audaz de la doctrina social católica, de la doctrina de paz y amor del Evangelio a la vida de las naciones.

La Iglesia, dice el Padre Lombardi, tiene por fin inmediato el bienestar espiritual: la vida de la gracia. Es al Estado al que corresponde el procurar el bienestar material, la felicidad terrestre en el grado relativo en que es posible. Es el Estado el que ha de preocuparse del problema del pan, del problema económico, del problema de la paz y armonía entre las clases sociales, las razas y las naciones. La Iglesia, al predicar el Evangelio, ha sembrado sin duda, las ideas morales que podrían llevar a una vida institucional de los Estados, completamente conforme a la ley de Dios, a la doctrina de justicia y caridad predicada por Cristo. Y no puede negarse que las grandes transformaciones, como las operadas en la beneficencia, en la dignificación de la mujer, en la mitigación gradual y desaparición de la esclavitud son efectos de la siembra de ideas morales, realizada por la Iglesia católica en el mundo culto occidental.

Pero debemos reconocer que, en veinte siglos, la Iglesia no ha logrado cristianizar al Estado. La verdad es que ni el derecho romano, ni el derecho germá-

nico, ni el Liberalismo individualista, ni el socialismo colectivista pueden calificarse de soluciones cristianas en el problema del bienestar terrestre de los hombres.

El Padre Lombardi cree y afirma que el mundo moderno, desengañado de todas estas experiencias, está maduro para aceptar la solución de la Doctrina Social Católica. Es la hora de Dios. Ha Nuevo. En parte puede decirse que su sonado la hora providencial del Mundo realización está en marcha, ya que grandes estados occidentales han colocado al frente del gobierno a famosos apóstoles de la Doctrina Social Cristiana. Es la hora de aplicar en su plenitud el Evangelio al régimen económico, social y político de las naciones. Estamos en la alborada del Mundo Nuevo. Un Mundo en que no solamente los problemas de orden espiritual, sino también los problemas de orden económico, social y político —el problema del pan y el problema del bienestar terrestre— estarán controlados por la Iglesia.

Los apóstoles del Mundo Nuevo.

Al afirmar que la Iglesia debe controlar el régimen económico, social y político de las naciones, no estamos recayendo en la concepción del dominio universal de los Papas, defendido en la Edad Media por algunos canonistas curiales.

No es el sacerdote el que debe entrar a regir el Estado. El sacerdote debe conservarse en su puesto de dispensador de la gracia, en su campo espiritual.

La cristianización del Estado ha de ser obra de apóstoles laicos. Apóstoles laicos, que puede y debe formar el sacerdote. Apóstoles laicos, íntimamente unidos con Dios por la oración, pero consagrados a la misión de proporcionar a la humanidad el bienestar terrestre, la paz social "el pan nuestro de cada día"... Apóstoles seculares, en cuya formación deben colaborar los colegios y las universidades católicas. La Acción Católica, los círculos de estudios, las congregaciones... todos los resortes potentísimos de educación, con que cuenta la Iglesia Católica.

Son ellos, los apóstoles laicos, los que han de formar el Mundo Nuevo; son ellos los que han de cristianizar el Estado... las leyes, las instituciones, los gremios, las academias, el cine, la televisión, la radio, la prensa: toda la vida del

hombre moderno, en sus aspiraciones al bien terrestre.

Un enfoque peculiar de la cuestión social

Hay en las conferencias del Padre Lombardi un enfoque peculiar del problema social moderno. Mejor dicho, de su solución. Cuando los sociólogos católicos abordábamos este tema seguíamos el camino de la demostración consolidando la tesis del **derecho natural de la propiedad**, y pasando después a la exposición clara de su **doble función individual y social**.

El P. Lombardi llega a las mismas conclusiones colocando el Estado ante dos derechos, igualmente provenientes de la naturaleza: **el derecho a la vida y el derecho a la propiedad**.

La Iglesia, al hablar de los bienes de la tierra nos enseña que su adquisición, administración y uso está vinculado por lección de la naturaleza, que es la voz de Dios, al derecho de propiedad. Dada la naturaleza, caída del hombre, es necesario el estímulo del trabajo, la adquisición de los bienes de propiedad; es necesaria la previsión del porvenir con la conservación de los bienes adquiridos en propiedad sea por el trabajo, la ocupación, la herencia, la transformación de las mismas con nuestro ingenio y nuestro esfuerzo. Es fundamental admitir y reconocer, como derecho natural, el derecho de propiedad.

Pero es igualmente cierto que Dios hizo todas las cosas de la tierra para la vida honesta de todos los hombres. Un régimen que llevara a la concentración de grandes bienes en manos de unos pocos y a la miseria en la vida de muchos sería contrario a la voluntad de Dios. Todos tienen derecho elemental a los bienes de la tierra, al menos en la medida en que les son necesarios para vivir.

De donde se sigue que un Estado —es decir, la unión de los individuos y las familias para obtener el bien común de orden material—, un Estado, conforme a la voluntad de Dios primariamente habrá de atender a que todos los ciudadanos tengan con qué vivir, aunque hubiera de sacrificar en algún caso el derecho de propiedad, ya que entre dos derechos naturales: el de propiedad y el derecho a la vida —el primero es posterior en importancia a este segundo.

Esta peculiar manera de razonar sobre el derecho a la vida y el derecho a la propiedad ha valido al Padre Lom-

bardi la antipatía de ciertos capitalistas, pero es, en suma, la misma doctrina clásica que siempre hemos expuesto bajo el prisma y la nomenclatura de la función individual y social de la propiedad.

La unificación de todas las fuerzas católicas.

¿Puede la Iglesia realizar esa inmensa empresa del soñado Mundo Nuevo? Sí, lo puede. Pero ello presupondría otra realización posible, pero ardua: la unificación de todas las fuerzas de la Iglesia.

Son, indudablemente, inmensas esas fuerzas en una colectividad cohesionada de más de cuatrocientos millones de fieles. Pasma, sin embargo, su escasa efectividad, porque están dispersas; a veces, patentemente desunidas. ¿Qué no podría, por ejemplo, la Iglesia, en una campaña mundial de cine, de prensa, de televisión, de radio... si la campaña llevara en sí ese sello de mando único y férrea centralización, que tienen las consignas comunistas?

El Padre Lombardi habla largamente de la unificación de todas las fuerzas

vivas de la Iglesia: en la beneficencia, en la enseñanza, en la acción social, en la acción católica, en la orientación de los grandes factores de la propaganda: radio, televisión, prensa, cine... Unificación, que debe comenzar en cada diócesis en torno a su prelado; en cada nación —a la manera tal vez, de la Conferencia del Bienestar Católico de los Estados Unidos— en torno a la Conferencia Nacional Episcopal; en el mundo, en torno al Papa.

De toda la propaganda mundial, realizada por el Padre Lombardi, una de las ideas base y de aplicación más inmediata, es ésta de la unificación de las fuerzas vivas de la Iglesia. Su desarrollo nos supondría aquí un espacio con que no contamos. Lo que nos obliga a reservar sobre el tema un expreso artículo que ofreceremos próximamente a nuestros lectores.

Ello no obsta para que lo expuesto forme ya el anillo completo, aunque violentamente abreviado, del mensaje sobre el Nuevo Mundo, comunicado por ese varón extraordinario —excepcional también en su modestia en el obrar y en el decir— que se llama el P. Ricardo Lombardi.

MANUEL AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.

